

2005

## La pelirroja

María Teresa Andruetto

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Andruetto, María Teresa (Primavera-Otoño 2005) "La pelirroja," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 61, Article 24.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss61/24>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

**María Teresa Andruetto**

## **La pelirroja**

*Mi orgullo por las mañanas era enorme,  
así como era de pequeña mi resignación por las tardes*  
**Reina Roffé**

*¿Te esculpo las uñas?*, las dos miraron al mismo tiempo la mano izquierda de ella, los dedos mochos, las uñas al ras; nadie en su sano juicio podría creer que esas uñas estén hechas para ser esculpidas, en el caso – la mujer pelirroja dice eso – de que las uñas se esculpan.

Eran casi las siete y ella había dudado entre meterse en la peluquería o seguir hasta el super Mercado para comprar fruta, queso, café, mucho café que es lo que toma por las noches mientras trabaja. Ella sólo va a la peluquería para cortarse el pelo, no le interesan otras frivolidades, ni hacerse las uñas ni teñirse, ni depilarse. Una vez, hace años, para el casamiento de una sobrina, por insistencia de su hermana, fue a una peluquería del centro para que le hicieran brushing. Te va a quedar bien, le había dicho su hermana y ella había pedido que se lo hicieran, pero después, por la tarde de ese día del brushing, bastante antes de vestirse para la fiesta, mientras regaba unas plantas en el pasillo, se llevó la mano a la cabeza y la sintió abultada, ridícula. Fue hasta el comedor y se miró al espejo: su cabeza estaba abultada, ridícula. Entonces se metió en el baño, se mojó el pelo y salió al balcón para que se lo secara el aire. Quiere decir que ella, antes, a veces, lo

intentaba, pero después, con el tiempo, cambió de idea y ahora ya no necesita que le hagan las uñas, ni que le tiñan el pelo, ni que la peinen, tampoco necesita gustarle a nadie, sólo cortarse el pelo cada tanto para no dar mala impresión.

Estaba con la cabeza echada hacia atrás mientras la asistente la enjabonaba, cuando la pelirroja se inclinó sobre su cara, clavó los ojos cargados de rimel (grandes ojos verdes, lindos ojos, pensó, aunque un poco irritados por las trasnochadas y el exceso) en los suyos y desde ahí, desde arriba mismo de sus ojos, preguntó? *¿Te depilo, querida?* Ante todo, ella detesta que le digan querida, y también detesta, como ya se ha dicho, hacerse nada de lo que hacen en las peluquerías, nada que no sea cortarse el pelo, y eso por necesidad; tiene la suerte de trabajar dentro de su casa, sin que nadie la vea, es una gran cosa a su edad. Pero la pelirroja insistió: *Estás llena de canutos.*

Ahora ella tiene ganas de asesinar a la pelirroja, ganas de decirle que los canutos le encantan, que si hay algo en el mundo que le da gusto es tener las cejas llenas de canutos, pero las enseñanzas de las monjas primero y las de la escuela normal después, y antes y más tarde los buenos recuerdos de su madre y de su abuela, vinieron a ponerle el bozal y entonces se limitó a sonreír – un esbozo de sonrisa que declaraba guerra por siempre a las pelirrojas –, como podía no más, en la ridícula postura de cabeza hacia atrás, con las uñas de la asistente rascándole el cuero cabelludo y con las cervicales a la miseria; es que ella se gana la vida arreglando textos científicos, para ver si alguna vez alguien los entiende, porque cada día que pasa los científicos escriben de un modo más incomprensible – más estudian peor escriben, como solía decir su padre –, con una sintaxis vergonzosa y repletos de errores, pero si escribieran bien, de qué viviría ella. Qué se le va a hacer, así es la vida, el mal de unos es beneficio de otros, ella ya se ha acostumbrado; en eso piensa a veces, por las tardes, cuando la resignación la vence.

Lo cierto es que ella se pasa la vida corrigiendo textos de otros y si hay algo que lleva arruinado, además de todo lo que se le arruina a una mujer de su edad, son los ojos y las cervicales. Los ojos se le arruinan porque ella también trasnocha, no como la pelirroja sino sobre la computadora para sacar a tiempo el trabajo, porque se las tiene que pelar sola y como sea; a eso también se ha acostumbrado.

Le gustaría darle unas cuantas lecciones a esta pelirroja, a ver si aprende que la vida no es sólo bambolearse entre las clientas, con una polera apretada y unos pantalones negros de cuero. Ella sabe mirar, se considera una persona atenta al comportamiento de los otros, interesada en las necesidades de sus congéneres como espera que alguna vez, de necesitarlo, alguien se interese por las suyas, por eso raras veces se sorprende, es tanto lo que ha andado, lo que ha visto, que raramente se sorprende. Y porque sabe mirar, ha observado que la pelirroja viste siempre de negro, toda apretada y de

negro, y se pasea con la piel lechosa, la cabeza hecha un fuego y los ojos repintados con kohl y rimel. Es el truco de las pelirrojas, bien conoce esos trucos, porque el año anterior al accidente de sus padres, cuando apenas había cumplido veinte, antes que tuviera que dejar de estudiar y empezara a pasar trabajos a máquina, una pelirroja parecida a ésta, con ojos de gata, vestida de negro y más apretada que ésta, una colorada a la que el profesor de Estética le recitaba poemas de Breton mirándola a los ojos, se quedó con Ricardo.

Pero todo eso es pasado, un pasado de hace treinta años, mil veces repasado e inofensivo ya, considera ella, ella que vuelve ahora a esta pelirroja, la de la peluquería. Le parece que ésta, aunque no da la apariencia de una persona inteligente, ha entendido el gesto irónico, porque desde aquella discusión sobre los canutos, ya no la molesta, se limita a pasar a su lado y, cuando la reconoce, dice: *Ah, cierto que vos no te hacías nada*, y continúa ofreciendo manos, uñas esculpidas, depilación y limpieza de cutis.

¿*Te hago las manos?*, escucha que la pelirroja le pregunta a las mujeres – a las ocasionales compañeras del salón – que leen revistas bajo el secador. Son esas estupideces las que a ella la sacan de quicio. Las manos están hechas, nena, le dan ganas de decir, pero sabe, ya ha aprendido, que tiene que frenarse, tiene que colocarse el bozal, o cortarse el pelo sola en su casa.

Debe reconocer, es lo primero que reconocería si fuera necesario, que la pelirroja es atractiva, con una belleza un poco fatal, teñida sí, aunque le parece que aun cuando esté teñida es una pelirroja natural que se remarca el color con la tintura. La piel blanca, lechosa, le hace pensar en otra pelirroja – un halconcito perverso que volaba a ganar o morir –, porque aunque el pasado ha pasado, bien lo sabe, y se ha convertido en pasado remoto, un pretérito pluscuamperfecto que tiene treinta años, ella a veces recuerda a Ricardo y a Isabel Corradi, la pelirroja que lo volvió loco y después lo dejó tirado, mordiendo el polvo, la misma a la que el profesor de Estética le recitaba *mi mujer con cabellera de llamaradas de leño / con pensamientos de centellas de calor / con talle de reloj de arena*, en un español extraño, con ridículas acentuaciones francesas; Chabeli Corradi, linda nena, pájaro perverso de ojos verdes. Ya lo sabe ella, una pelirroja ha sido puesta en el mundo para hacer estragos, ridículo trabajar, estar durante horas sentada frente a una máquina si entre los veinte y los treinta alguien puede caer sobre su pelo Colorado, sobre las llamaradas de leño, y quedarse.

Esta pelirroja es más bien menuda, pero ella considera que a los hombres les ha de parecer que tiene todo ahí donde hay que tenerlo, sobre todo una delantera importante, un verdadero balcón, y un trasero que llama la atención, en fin, todo lo que – además del pelo – vuelve locos a los hombres. Ella supuso que ya habría pasado los treinta y – la que se le ocurrió era una frase grosera, pero no encontró otra más apropiada – se preguntó por qué estaría ahí trabajando, por qué no había pegado el tetazo, y también pensó

que si aún no lo había pegado, ya era tarde para eso. Se le ocurrió que tal vez tendría alguna ligazón con el dueño del local, descartó que se tratara de la esposa, pensó más bien en la amante, la amante no – rectificó en sus pensamientos – sino más bien una diversión, un amorcito laboral; abusaba del alcohol y de la noche, eso era una fija, ella enseguida se daba cuenta de esas cosas. Ahí está el problema de las pelirrojas, pensó, no saben dosificar lo que tienen y se dejan arrastrar por los excesos, se confían en la abundancia como si la abundancia les fuera a durar toda la vida.

Hay algo que a ella siempre le reventó de los hombres (y la pura verdad es que a esta altura, ya no le importa ser grosera, se ha cansado de usar el bozal): son incapaces de fijarse en otra cosa que no sea las tetas o el culo, no importa qué haga una mujer ni cómo piense, mientras porte un buen par de tetas y un culo como corresponde, ahí habrá un marido o un amante, o las dos cosas al mismo tiempo. ¿Y las otras? ¿qué queda para las otras? Las otras que revienten, bien lo sabe ella, para conseguir a un tipo como la gente hay que tener unas tetas como las de la pelirroja, de eso está segura, ya ha vivido lo bastante como para saber que así son las cosas, que eso es algo que no tiene remedio. Así es la vida, muchacha, no se trata de una frase hecha, es la pura verdad, el beneficio de unas es perjuicio de otras, bien lo sabe, bien que lo ha aprendido.

Desde la tarde en que fue a la peluquería por primera vez, ella y la pelirroja no cambiaron más palabras que éstas: guerra sorda de unos pocos balines que, por lo menos para ella, nació esa tarde, la del día en que escuchó la dichosa frase de los canutos. Pero otra tarde, aquella en que dudó entre meterse en la peluquería o ir al super Mercado, la tarde de este cuento, la pelirroja se le acercó mientras esperaba que le lavaran el pelo y le dijo al oído: *Hacete una limpieza, hoy casi no he trabajado*, y ella mordió el anzuelo.

No alcanzó a contestarle que sí y al instante tenía la cara embadurnada con crema áspera; le pareció que la pelirroja se había equivocado de crema, que le habrían agregado arena y se lo dijo: *¿No está sucia esa crema?, parece que tuviera arena*. La pelirroja contestó: *Es una crema peeling, son nuevas y te dejan todo lisito. Vendría a ser como un lifting, pero sin riesgos quirúrgicos*. Ella no necesitaba lifting ni peeling, y en el caso que los necesitara, estaba dispuesta a prescindir de eso, pero le pareció que era mejor resignarse, así que se dejó embadurnar la cara con arena.

Le pareció ver un gesto, un ligero acuerdo entre la pelirroja y la chica que iba a lavarle el pelo, porque ésta – que se había acercado para empezar su trabajo – desapareció, de modo que quedaron solas las dos en la pequeña sala de lavado, mejor dicho, quedó sola ella a merced de la pelirroja. *¿Estás muchas horas acá?*, preguntó para llenar el silencio. *Doce*, dijo la pelirroja. *¿Doce?*, ella tragó saliva. *Es que vamos por tanto, un cuarenta de lo que cobro es para mí*. Ella tragó saliva otra vez: *¿Cuarenta?*, pensó que era

mejor arreglar trabajos de tesis en la computadora y después se le ocurrió que, aunque el dueño del local se quedaba con el sesenta, el cuarenta restante debía ser una suma considerable y entonces convenía andar bamboleándose doce horas con un pantalón ajustado y una polera negra, entre las clientas. *¿Y está bien el cuarenta?*, preguntó sin comprender por qué preguntaba. *Sí está bueno, dijo la pelirroja, en la otra cuadra, las chicas sacan el treinta.*

Después ya no pudo dejar de preguntar, totalmente olvidada de las pelirrojas de ojos verdes, del pantalón ajustado y de su odio a Isabel Corradi por el dichoso asunto de Ricardo. Tenía dos hijos esta pelirroja y estaba separada, según le contó mientras le pasaba un aparatito que zumbaba como una mezcladora de cemento sobre su cara. Sí, se quedaban solos en la casa, ya eran grandecitos, ocho años la nena y diez el varón, dijo. Una vecina les daba una vuelta. *¿No tenés empleada? Esto no da para empleada, querida*, dijo la pelirroja pasándole un algodón mojado en astringente y pasando también por encima de los veinte años de diferencia que las separaban, *apenas alcanza para comer.*

*¿Y tu marido?. ¿Mi marido?, se fue cuando nació la nena, hice de todo para que se quedara, pero no pudo ser*, dijo suspirando la pelirroja. Ella hizo un gesto de no comprender, un gesto sincero y la otra siguió: *Viste cómo son las cosas, una pone todas las ganas, pero a veces no va.* Después le puso una crema que a ella le pareció extremadamente suave, lisita, una humectante que olía a flores. *Sí, a veces las cosas no van, pero ¿te ayuda con los chicos?*

En ese momento una de las empleadas se acercó, le dijo algo al oído y la pelirroja se distrajo mirando hacia la caja, intentando ver algo o a alguien. *Sí que me ayuda, por supuesto que sí, me los quiere mucho*, y a ella le pareció que el verde de los ojos se trasparentaba, *la última vez que vino de Miami, los llevó a Neverland y les compró unas camperas muy lindas, con capucha, y para el cumpleaños de la nena le mandó una Barbie auténtica, de las que hacen allá, la nena es fanática de las barbies.* Otra vez se acercó la empleada que le había dicho algo al oído y ella hizo que no con la cabeza; luego se corrió hacia atrás de ella y desde ahí, de modo que ahora no podía verla aunque sí escucharla de una manera privilegiada porque estaba hablando detrás de sus oídos, siguió: *El anteaño también le regaló una muñeca, pero no una Barbie, otra de una marca que tiene un nombre difícil, una que sólo se conoce en Estados Unidos.*

Ella iba a preguntar si en eso consistía toda la ayuda, pero ahora no quería herirla, ni siquiera necesitaba cuidarse de decir alguna palabra que la lastimara, la verdad era que ya no quería herirla. No se trataba del bozal que le habían enseñado a colocarse las monjas o las profesoras de la escuela normal, ni siquiera se trataba del delicado barbijo que habían tejido con puntillosa paciencia su madre y su abuela, ahora se trataba sencillamente de su deseo, y entonces comprendió que lo más digno en una persona como ella,

interesada por las necesidades de sus congéneres, era no escarbar más. En algún momento – pensó que la pelirroja había terminado con su trabajo – el silencio se extendió, a ella le pareció que se hacía definitivo, y entonces tomó unas revistas. Caras, Gente, Hola, las hojeó apenas y se quedó con Caras; en las primeras páginas había una nota sobre una perra de Susana Giménez y entrevistas a unas modelos; se detuvo en la sección cocina donde encontró recetas con berenjenas, tenía berenjenas en su casa, tal vez al llegar se pondría a hacer ese pastel de la receta, o una ratatouille, si es que quedaban también zucchinis en el canasto de las verduras.

Ahora sí estaba segura de que la pelirroja había terminado con el trabajo y estaría lista para contarle sus cuitas a otra clienta, pero volvió con una loción tonificante, la hizo dejar la revista, poner la cabeza hacia atrás, cerrar los ojos y empezó a cachetearla. Entonces fue que ella dijo, así nomás, de torpe, o tal vez fuera – lo pensó más tarde no sin cierta sorna – porque una pelirroja la estaba cacheteando: *A lo mejor vuelve, a mí me parece que todavía lo querés. Sí*, dijo la pelirroja, *a mí me gustaría que volviera, no sólo por mí, también por los chicos, que lo adoran, pero como él dice, tengo que aprender a no ser egoísta, él tiene su vida allá, trabaja en un boliche muy famoso y tiene una pareja...*

La pelirroja le retiró la bata. *Yo creía que a las mujeres lindas los hombres no las dejaban*, dice ella. *Qué se le va a hacer, es la vida, el bien de unos es mal de otras*, dice la pelirroja. *¿Cuánto te debo?*, pregunta ella. *Son dieciocho pesos querida*, contesta la pelirroja, mientras la acompaña a la caja. Ella ya ha pagado los dieciocho pesos cuando la pelirroja dice: *Si te hacés una limpieza cada tanto, la piel te va a quedar divina*, y después, sobre el besito de despedida, agrega *¿sabes?, estuvimos casados y tuve a los chicos y todo, pero lo que pasa es que a él le gustan los tipos.*